

LA OPULENCIA DE TRINIDAD. — FIESTAS. — COMERCIO. — LA ONZA. — MATILDE DIEZ. — LA HABANA. — LOS DEPENDIENTES DE AYER. — ASIENTOS COMERCIALES RAROS. — RIQUEZA LIQUIDA IMPOSIBLE.

H.

Es evidente que Trinidad dió la nota brillante en materia de diversiones y allí acudían numerosos farasteros de la Habana y otros puntos de la Isla para gozales de Cruz; ~~comenzaban por~~ empezaban en mayo, ~~que eran los~~ bailes de Cruz; ~~comenzaban~~ por una botella de cognac, agua y panales é iba subiendo hasta un verdadero convite que pagaba el padrino; éste lo señalaba una flor tirada al aire; aquel sobre quien caía resultaba el padrino. Había luego los bailes particulares y el del Liceo el 19 de noviembre día del santo de la reina y fiestas en las quintas. Una de ellas costó a Cantero más de 100.000 pesos.

En el lindo teatro Brunet, trabajaron los y las Robreño, Cumentá, Domínguez, Matilde Diez y varias compañías de zarzuela.

En lo que llamaríamos hoy sport, había varios jóvenes del comercio cubanos, alemanes y españoles cuyo traje de paseo consistía en pantalón y chaquet blancos, camisa bordada, un costoso jipijapa, pañuelo de seda al cuello y espuelas de plata.

El comercio de Trinidad era de lo más importante. Allí se recibían géneros de Alemania, tasajo de la Argentina, harina de Santander, arroz de Charleston y así sucesivamente, cuyos artículos se reexportaban para la Habana, Cuba, Cienfuegos, Manzanillo, etc., sosteniéndose grandes é importantes relaciones con casas como las de Vinent y Co., Calsannglia

y Co., Bueno, Baralt y Co., y Pons y Ziegler de Cuba; Tomás Terry y Monzon Cebreu y Co., de Cienfuegos; Drake y Co., San Pelayo, Pardi y Co., de la Habana, y Ramírez y Oro, de Manzanillo.

Los vapores "Isabel" y "Táyaba", hacían los viajes de Batabanó á Cuba, tocando en Casilda. El tráfico era muy crecido y la comida que se daba al pasaje era opípara. Había también algunas goletas que hacían viajes de Batabanó á Trinidad.

Las autoridades que más tiempo permanecieron en sus destinos fueron Ruiz de Apodaca, comandante de marina, Montojo, capitán del puerto, Illas, comandante de carabineros y León y Navarrete, administrador de Aduanas.

La moneda circulante era la onza de oro y sus divisiones. No se conocían pobres pedigüeños ni casas de meretrices.

En Cienfuegos se notaba el desarrollo gracias á los colonos De Clonet, Dorticós y otros y sobre todo á don Tomás Terry que llegó á reunir un capital de 37 millones de pesos. Esto fué atrayendo capitales de Trinidad, donde se empezó el ferrocarril de Casilda á Trinidad y no se siguió. Para su principio se llevaron algunas brigadas de infelices gallegos importados por Feijo Sotomayor, con sueldo de cuatro pesos. Cuando se dieron cuenta de su misma situación se sublevaron negándose á trabajar. A buen arreglo con el coronel del batallón de Tarragona, los jóvenes ingresaron en el

X

V

Cienfuegos

ejército y los viejos los embarcamos para España.

El año 1854, en septiembre fui á Cienfuegos á ver trabajar la compañía de Matilde Díez y con ella seguí para la Habana, siendo mis compañeros Cañedo, sobrino del general que cesaba y Espelurín, comandante de la guardia civil. Descarilamos antes de llegar á San Felipe y entramos en la Habana á las dos y media de la mañana alojándonos en el hotel "Árbol de Guemica".

La Habana entonces, rebosaba riquezas; pero aunque de costumbres morigeradas á que sin duda se debía la salud del pueblo, había poca higiene. La juventud femenina no salía sola como sucede hoy, sino acompañada cada joven de algún familiar. Los dependientes de comercio paseaban los domingos ó días festivos el que no estaba de guardia. Por regla general todos tenían saldos á su favor en los libros de establecimiento y era muy frecuente ver al dependiente sustituir al principal en la gerencia. Hoy esos casos son rara avis.

Los establecimientos de entonces, vendían mucho, fiaban mucho y ganaban mucho; respetuosos con el público había veces que se hacían asientos con los términos más raros, porque no se atrevían á preguntarle su nombre al comprador. Recuerdo que en unos libros que examiné de una importante tienda de ropa decía "La señora que tiene un calesero con la bomba blanca: una manta de burata \$63". Las regalías que se pagaban por los locales llegaban hasta la cantidad de \$20,000 según el punto donde estuviesen situadas. En cuanto al ramo de víveres, los dueños de establecimientos en general se conocían en el muelle por unas gruesísimas cadenas de oro que sujetaban el reloj.

Las calles de Mercaderes, San Ignacio y callejón de Jústiz tenían las principales casas de comercio y banca, cuyo movimiento era extraordinario. Baste decir que la riqueza líquida imposible que hoy fluctúa alrededor de 50 millones de pesos, era entonces de 140 millones y no había impuesto directo de ninguna clase, pues, éste empezó el año de 1868, precipitando la insurrección cubana, según declaró el general Lersundi en su alocución al país. Debíase este inicio de gravamen directo á la plaga de empleados que nos mandaron de España y que empezó por el general Concha, estableciendo en Palacio tantas secciones como Ministros había en el gobierno de España. Volviendo á la dependencia, recuerdo que en una tasajería, donde yo gozaba de gran amistad y franqueza, el dependiente que menos tenía ahorrado eran \$2,500; pues bien: todo eso se fué en los cuerpos de guardia de los voluntarios y si algo quedó se fué también en el sport y la civilización. "Cada cosa en su tiempo y los nabos en adelante" me dice un amigo que lo que escribió, á lo que yo le replico, que relato y no censuro.

José M. de Arriarte.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

ORIGINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA